

es la gloria del Señor; que sea conocida la divinidad de Jesucristo, y el mundo se convierta. Era, pues, de todo punto indispensable que Jesús contestase en los términos que lo hizo.

María pretende que Jesús se descubra como Dios, por medio de un milagro, y el Señor la concede mucho más de aquello que le pide. Un milagro sería tan sólo un rayo de divina luz, que bajando de los cielos, penetraría en las tinieblas del mundo; anunciar desde luego su divino y celestial origen, era destruir esas tinieblas, envolviendo al mundo en vivos resplandores de inmensa é indeficiente claridad. Aquellas palabras, por lo mismo, jamás las cambiaría la Madre de Jesús por otras, aunque fuesen las más demostrativas de amor y de cariño.

La santidad y grandezas de María, su ternura y clemencia para el mundo, el incomparable amor que Dios la tiene, las prerrogativas y excelencias con que se halla su alma enriquecida, llegarían tal vez á deslumbrarnos. Desde el gran Dionisio, todos los cristianos la vienen contemplando como la obra más perfecta del Señor, el encanto de los cielos y la tierra, la maravilla de la creación; mas no es lícito pasar de aquí, y para evitar ese peligro, Jesús la contestó: «¿Qué tengo Yo que ver contigo?» (1). Hé allí, pues, el límite que Dios ha puesto á las grandezas de su Augusta Madre: la grandeza de Dios mismo. Son, por tanto, las palabras del Divino Salvador, la más cumplida y brillante prueba de la excelencia incomparable de

(1) D. Epiph. hær., 79.

María. Jesús ha descubierto su divina gloria: ser Hijo del Eterno; pero al mismo tiempo, la luz del cielo, iluminando el rostro de María, nos la hace ver la más cercana á Dios, la primera á quien amó el Señor.

¿Dónde están ahora la dureza y frialdad de las palabras de Jesús, cuando no hacen sino levantar un trono glorioso y deslumbrante, sobre el cual se siente la Reina de los cielos y la tierra, la criatura á quien Dios elevó sobre todas las demás? ¡Cuán admirable es todo lo que en el Evangelio se refiere á nuestra Madre, la Virgen sin mancha! Nos ha dicho que Ella es la Madre de Jesús, y en seguida Jesús la da el nombre de mujer; ¿por ventura se han confundido la luz y las tinieblas, la humillación y la grandeza, el amor filial y la triste indiferencia? Nada de esto; tales expresiones no son sino los cambiantes de una misma luz, hermosa y pura, que nos descubre de continuo nuevas bellezas que estamos admirando á cada paso en esa criatura singular: ya la contemplamos elevada por Dios hasta los cielos, por ser su augusta y santa Madre; ó bien apenas podemos descubrirla entre las demás mujeres; tanta es la humildad y modestia con que viste y conversa acá en la tierra. Mas su elevación y sus grandezas y la obscuridad que la rodea en seguida, sirven para dar un testimonio á la verdad de la divina Encarnación de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre: no podremos negar que el Verbo ha tomado nuestra carne, pues nos dice el Evangelio que María es la Madre de Jesús; ni se nos podrá ocultar la divinidad del mismo Jesucristo, cuando Su Ma-

jestad descubre su gran elevación respecto de María, en aquellas hermosas palabras: «Mujer, ¿qué tengo Yo que ver contigo?»

Antes de estas expresiones, hallamos que Jesús estaba sujeto á sus padres; mas cuando llega el tiempo de obrar sus primeras maravillas y se dispone á predicar el reino de los cielos, entonces es cuando dirige á la Divina Madre las palabras referidas, y después veremos que deja su casa, su misma Madre y sus parientes, poniendo en práctica la doctrina que tiene que enseñar.

«¿Qué tengo Yo que ver contigo?» En estas palabras Jesús habla como Dios; mas nunca contradice aquel precepto: «Honra á tu padre y á tu madre; pero es antes del honor de éstos el de Dios, verdadero Padre y de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra» (1); y Dios también ha dicho: «Aquellos que dijeron á su padre y á su madre: «No os conozco», y á sus hermanos: «No sé quiénes sois», y ni á sus propios hijos perdonaron, éstos cumplieron tus mandamientos y guardaron inviolable tu pacto (2). Hé aquí cómo y por qué causa Jesús ha contestado á su querida Madre en los términos que nos dice el Evangelio. Es preferida la honra de Dios. Ocúpase Jesús en la obra que su Padre le tiene encomendada; ésta lleva en pos de sí todas sus atenciones y cuidados; mas una vez cumplida la voluntad del Eterno, volverá los ojos á su querida Madre, diciéndola: «Hé aquí á tu Hijo»: palabras

(1) Ephes., III, 15.

(2) Deut., XXXIII, 9.

que, si bien no refiere á sí mismo, hacen relación al discípulo que deja en su lugar.

Así es que cuando Su Majestad nos asegura que no tiene nada con María, añade: «Aun no ha llegado mi hora», cual si la hubiese dicho: «Cuando recibí el bautismo y partí al desierto, lejos de Mí suspirabas por mi presencia; hoy estás llena de gozo porque estoy contigo; pero hé aquí que llega el tiempo en que de nuevo me separe de tu lado, pues tengo que ir por las ciudades y castillos anunciando el reino de mi Padre. Terminada la misión que recibí, me tendrás contigo, herido y moribundo; mas entretanto que me ocupo en los negocios de mi Padre, no atiendo á lo que piden tus afectos maternales» (1). Contestación que más bien que á las palabras, responde al abrasado y gran deseo que tenía la Santa Virgen de ver siempre junto á sí al Divino Salvador (2).

Las palabras de Jesús que venimos contemplando, se prestan todavía á nuevas y hermosas reflexiones,

¿No tiene que ver el Divino Salvador con la Santa é Inmaculada Niña? Sí tiene, dejando siempre á salvo la verdad del Evangelio. «¿Cuáles son las relaciones que con María tenéis, oh Señor? dice San Bernardo á Jesucristo; por ventura, ¿no son las que un hijo tiene con su madre? Preguntáis qué es lo que le atañe con Vos, y sin embargo, sois el fruto bendito de su inmaculado seno. ¿No es Ella la que os concibió sin mancha

(1) Rupert., in Joann., C. 2, L. 3.

(2) Idem.

alguna, y os dió á luz quedando Virgen? Ella os tuvo durante nueve meses en su vientre, y después os dió su pecho virginal. Cuando eras de doce años, bajaste á Nazaret en su santa compañía, y la estabas sujeto. ¿Por qué, pues, ahora la dices: «¿Qué tengo Yo contigo?» Mucho, en gran manera y bajo todo aspecto. Estas palabras, que fueron dichas sin indignación y sin querer avergonzar á la Sagrada Madre, se refieren á nosotros, para que, una vez vueltos al Señor, ya no nos inquieten los cuidados de nuestros padres, ni nos impida su cariño el perfecto servicio del mejor Padre que tenemos (1). La Purísima Virgen nunca pudo ser un embarazo que impidiese á Jesucristo el cumplimiento de la voluntad del Padre; y sin embargo, Jesús la respondió como sabemos; ¿quién, después de esto, podría tener alguna excusa de no seguir la voz de Dios por el afecto de sus padres?

Hé aquí otra explicación que damos á las palabras que el Señor dijo á su querida Madre:

«Jesucristo, dice el Angel de la Escuela, ha dividido su reino, guardando para sí la dispensación de la justicia, y entregando en manos de su Madre todos los asuntos de misericordia» (2). Mas al decirle la querida Niña: «No tienen vino,» se trataba de un asunto de piedad y gracia, cuya dispensación le había confiado su Hijo; cuando, pues, oímos que el Señor la dice: «¿Qué tengo yo que ver contigo?» Su Majestad no hace sino con-

(1) D. Bern., Serm. II. Domin. 1. Post oct. Epiph.

(2) Præf. in Epist. canon.

firmarla en el glorioso imperio que le ha dado, y en el que mandaríá cual soberana. Quieren, pues, decir esas palabras: «Podéis hacer lo que pedís.»

Es, por tanto, ciertísimo que Jesús no tiene relaciones con María, porque en manos de esta Reina están depositados todos los tesoros del Señor, y Ella será quien los dispense. El milagro de las bodas de Caná demuestra lo que hemos asentado. No hay relaciones entre Jesús y María, y con todo, la Santa Madre dice á los sirvientes que hagan lo que su Hijo les ordene; y Jesús manda que llenen las vasijas de agua, y la convierte en vino. En otro tiempo se dijo que Dios obedecía á la voz del hombre (1), cuando el sol se paró en medio de los cielos, y detuvo su carrera, sin ponerse durante un día; ¿por qué, pues, no pudiéramos también decir que obedece á los ruegos de su Madre? Y ciertamente que para llevar á cabo la dispensación de la misericordia de María, necesita la gran Reina que el poder de Dios esté en sus manos: por esto la hermosa Niña es llamada la Omnipotencia suplicante.

«Aun no ha llegado mi hora.» Trátase de una hora en que Jesús tendrá que conceder misericordia y gracia, pues esto es lo que se le ha pedido; y el Señor contesta que la presente no es su hora; lo será, ciertamente, aquella en que ofrezca el divino sacrificio de su vida (2). Y, en efecto, en esa hora por sí mismo derrama en el mundo el Salvador los tesoros del perdón y la clemencia. Dice

(1) Jos., x, 14.

(2) D. August. in Catena.

á un ladrón: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.» Ruega á su Padre por sus enemigos, y pone al cuidado de San Juan la Inmaculada y Santa Virgen, y se la da por Madre. Esta hora asimismo es el principio y la razón de todas las misericordias del Señor, con quien hemos sido reconciliados por la muerte de su Hijo; por quien reina la gracia en virtud de la justicia, para dar la vida eterna (1). Mas si las otras horas no son del Señor, ¿de quién serán? Sin duda alguna, de Aquella por cuya poderosa intercesión obró Jesús el primero de sus milagros. ¿Podráse imaginar mayor grandeza y poderío que el que Dios ha concedido á su Madre Inmaculada? Por lo demás, ¡con cuánta verdad está escrito: «El que se humillare, será en gloria!» (2). Nuestra querida Niña recibió una respuesta que, á primera vista, la dejaba, si se quiere, avergonzada y confundida, pero con la cual el Señor no hacía otra cosa que levantarla á la mayor grandeza posible á una criatura, entregando en sus manos las llaves del poder divino.

Manifiéstanos lo dicho cuánta es la razón que nos asiste para invocar, llenos de confianza, en todas nuestras necesidades y congojas, á la que Dios ha hecho instrumento glorioso de todas sus bondades.

María dijo á los sirvientes que hicieran lo que Jesús les mandase. Hé aquí hermosamente revelada en estas palabras la gran virtud de nuestra

(1) Rom., v, 10-21.

(2) Job, XXII, 29.

Niña, su caridad para con los amigos pobres, la prudencia, la fe, la constancia, la mansedumbre, la confianza, y, en fin, la incomparable grandeza de su corazón (1): virtudes todas que derraman, si lícito es decirlo, más puro y vivo el resplandor de su belleza, y que no podían menos de obtener la bendición de Dios. En efecto, Jesús mandó que se llenasen de agua las vasijas, obró el milagro que se le pedía, brilló su gloria, y sus discípulos creyeron en Su Majestad.

Pero ¿cómo nuestra Niña pudo dar una orden semejante á los sirvientes, después de las palabras del Señor? Ella conocía los arcanos de Jesús, cuyos pensamientos no se la ocultaban (2). El corazón de su Divino Hijo era para la dichosa Madre un libro abierto, donde iba leyendo lo que el Señor tenía que obrar. Llena del Espíritu Santo, conoció no sólo el milagro, sino todo el orden con que se había de realizar.

El Salvador ha dicho que aun no ha llegado su hora; y, sin embargo, convierte el agua en vino. Así lo pedía el honor debido á la Sagrada Madre. Por los ruegos de María se obró antes el milagro de que hablamos, que lo hubiera sido si ellos no se hubiesen interpuesto (3). Hé aquí cuán poderosos son delante del Señor. El tiempo mismo agita sus alas con violencia, y llega luego que María pronuncia una palabra.

Las expresiones de la Inmaculada Virgen, que

(1) Tirin.

(2) S. Ignat., cit. a Barberiis.

(3) D. Cyril. Alexandr., C, 2, in Joann., c. 23.


hemos examinado, son las últimas que de Ella nos refiere el Evangelio; en esto descubrimos un misterio que nos habla al corazón; su silencio nos indica que María siempre está rogando por nosotros al Señor, porque es el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos, el auxilio de los cristianos. ¡Cuán buena es para el mundo esta tierna y compasiva Madre! Si el hombre alguna vez contempla su bondad y los continuos desvelos con que sin cesar le cuida, el interés que toma por su bien, ¿podrá dejar de amarla? Y si acaso así sucede, por desgracia, entonces, ¿para qué llevar el corazón dentro del pecho? Mas no: el hombre la ama, y al mentarla inclina humilde la cabeza, y arroja hasta su trono un suspiro ternísimo de amor en que le manda el alma entera.

¡Oh, buena y compasiva Madre, cuyo corazón está siempre lleno de piedad, inagotable fuente de clemencia: en Ti, después de Dios, están las esperanzas de salvarnos, porque Tú eres quien nos trae todos los bienes de los cielos, y el Señor te ha constituido universal depositaria de las divinas gracias! Ruega por nosotros á tu Hijo; ¿quién como Tú conoce las miserias del corazón de los mortales? Nos falta el vino del amor de Dios. No más una palabra que digas á Jesus nos obtendrá el remedio de esa gran necesidad. No temas que su labio vuelva á pronunciar lo que os dijo allá en Caná. Tu voz es para el Señor muy agradable, y tus ruegos nunca son desatendidos; por esto, en Ti confiamos, Santa Madre, y nunca seremos confundidos.

CAPÍTULO XIII.

MARÍA SIGUIENDO AL DIVINO SALVADOR.

§ I.

 NA dulce voz hablaba sin cesar al corazón de Jesucristo: voz nacida del más profundo y acendrado amor que podía salir de una criatura, la más perfecta y santa que Dios ha criado; y esa voz decía: «Atráeme en pos de Ti, y correremos al olor de tus aromas» (1). El admirable amor que la Virgen sin mancha tenía al Hijo de su seno, era el que le hacía de continuo suspirar por su presencia; ¿cómo poder vivir sin Él? ¿No es Jesús la vida de su Madre? Mas el Divino Salvador anda ya por las aldeas y las ciudades predicando el reino de Dios, y recorriendo la Galilea y la Judea. Es, por tanto, indispensable que María siga á Jesús en su predicación: las vírgenes siguen al Cordero doquiera que vaya (2). ¿No es Ella la Reina de todas las vírgenes? Busquemos, pues, á nuestra Madre una y otra vez, entre las turbas que van en pos de Jesucristo, ó bien escuchan su palabra. No creamos, sin em-

(1) Cant., I, 3.

(2) Apoc., XIV, 4.